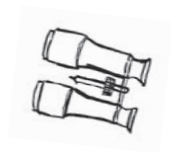


Kyo Maclear

Los pájaros, el arte y la vida

La belleza de las cosas pequeñas
y significativas

Traducción de Carles Andreu



Ariel

Título original: *Birds Art Life*

1.ª edición: abril de 2017

© 2016, Kyo Maclear

© 2017, de la traducción, Carles Andreu

Ilustraciones: Kyo Maclear

Fotografías: Jack Breakfast (www.smallbirdsongs.com)

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2566-8

Depósito legal: B. 2.879-2017

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

INVIERNO	Prólogo	3
	Diciembre <i>Amor</i>	17
	Enero <i>Jaulas</i>	37
	Febrero <i>Cosas pequeñas</i>	57
PRIMAVERA	Marzo <i>La espera</i>	83
	Abril <i>Conocimiento</i>	99
	Mayo <i>Titubeos</i>	123
VERANO	Junio-julio <i>Pausas</i>	149
	Agosto <i>Vagabundeos</i>	167
OTOÑO	Septiembre <i>Arrepentimiento</i>	189
	Octubre <i>Preguntas</i>	203
	Noviembre <i>Finales</i>	221
INVIERNO	Diciembre <i>Epílogo</i>	239
	Agradecimientos	255

Diciembre

AMOR

{ GANSOS, CISNES, PATOS,
un HALCÓN y una PALOMA }

Sobre cómo enamorarse de los pájaros
y descubrir otras lecciones
importantes.

Y entonces llegaron los

pájaros que de pronto estaban por todas partes. Los oía en los árboles y ocultos bajo los aleros del tejado de nuestra casa: coros ociosos que charlaban y piaban, canciones bonitas y canciones feas, canciones para pasar el rato. Un halcón se posó encima de la pista de hielo una tarde en que fui a patinar con mis hijos. Vi una bandada de gansos migratorios a través de una claraboya, mientras nadaba de espalda en la piscina del YMCA: cruzaban el blanco uniforme del cielo como un cursor gigantesco.

Una tarde volví de visitar a mi padre en el hospital y me acurruqué en el sofá del estudio de mi marido, que es compositor. Toda yo olía a desinfectante de manos y al sudor que provoca aparentar despreocupación. El estudio era el lugar más relajante que conocía. Las paredes estaban cubiertas de tela azul y de unos paneles de espuma gris ondulada, diseñados para absorber el sonido y eliminar el eco. La tarima flotante reducía todavía más los ruidos de impacto. Me fundí con ese espacio, acogedor como un útero.

Mi marido puso una canción que había compuesto para una película, espectral y basada en una melodía de piano. Yo me había puesto su sombrero, que había cogido del perchero. Me envolví con un cárdigan de lana que había heredado de su abuelo y apoyé los pies en la mesita que había comprado en una tienda de segunda mano. Luego él puso los Swan Silvertones y me llenó el corazón con música góspel, palmadas y armonías perfectas.

Vimos juntos un primer corte de la película para la que estaba componiendo la música. Era un documental titulado *15 razones para vivir*, basado en un libro de un escritor canadiense. La cinta estaba dividida en quince historias que se correspondían vagamente con los capítulos del libro, y abordaba la cuestión de qué es lo que hace que la vida valga la pena.

Por ejemplo, había un capítulo titulado «Amor» que seguía a un quebequés que había encontrado consuelo caminando por todo el mundo mientras se recuperaba de una crisis nerviosa. «Cuerpo» relataba la historia de un hombre cuya ira debilitante lo había llevado a aficionarse por el arte con rocas en equilibrio. A mitad de la cinta aparecía un músico de treinta y tantos años en un segmento titulado «Sentido». Después de años arrastrándose a través de una depresión creativa, había dejado la bebida y había hallado la paz observando pájaros en la ciudad. «Ni siquiera tenía que pensar en ello. De pronto estaba más relajado. Sentía el corazón más ligero», dijo.

Había descubierto que su felicidad tenía forma de pájaro.

El músico era gracioso y tenía una sonrisa discreta. Daba la impresión de ser un apasionado de los pájaros sin ser un fanático.

Esa misma noche miré las fotos de pájaros del músico en su página web. Se trataba de una colección extensa y peculiar. No eran las típicas fotos que uno encuentra en las tarjetas de felicitación o en los calendarios.

Estos pájaros vivían en jardines de metal, cristal, cemento y electricidad.

Había un pájaro con una bolsa de MANGO CONGELADO de plástico encima de la cabeza y otro que había hecho el nido en una lámpara rota. Había pájaros posados encima de horteras paredes de estuco, haces de varillas de hierro, clavos de hierro forjado y verjas de alambre. Los pájaros hacían lo que suelen hacer los pájaros —descansar, volar, arreglarse las plumas, cazar, construir un nido—, pero no había duda de que, lejos de estar por encima del desorden, la confusión y la suciedad del mundo, formaban parte de ellos.

Esas fotos no transmitían el mensaje habitual acerca de nuestros pecados medioambientales o el inminente fin del planeta. El mensaje, si es que podía llamársele así, era de amor. Pero no era amor hacia una chica guapa, ni un amor que colocaba al ser amado en un pedestal o en una vitrina. No era uno de esos amores arrolladores, que te deja en un estado de hambre voraz y te provoca ataques de insomnio. Tampoco idealizaba ni pretendía poseer al objeto amado. El amor que me transmitían aquellas fotos era un amor por lo imperfecto y lo que estaba en horas bajas. Era un amor por los lugares sucios, vulgares, hermosos y peculiares que muchos consideramos nuestro hogar.

El corazón se me aceleró un poco al ver esas fotos, ante los pájaros y el espacio que los rodeaba.

Yo me había acostumbrado a la soledad mientras esperaba a que el mundo se calmara alrededor de una historia. Me había acostumbrado a la soledad como hija única de dos inmigrantes ya mayores, que habían huido de sus respectivos países y se habían instalado en un continente donde no tenían familia, que habían hecho borrón y cuenta nueva con sus historias y que ahora parecían más dos plantas metidas en tiestos que dos árboles con profundas raíces que se hundían en la tierra. Me había acostumbrado a la soledad como escritora que, por su oficio, debía vivir separada de los demás. ¿Sería eso lo que veía en el espacio que rodeaba a los pájaros? ¿Mi propia soledad?

Me puse en contacto con el músico y quedé con él para ir a ver pájaros. Quería apasionarme, comprobar que todavía era sensible a la inspiración. No veía la naturaleza como mi Lourdes personal ni como un espacio salvaje con propiedades curativas.

O tal vez sí.

«¿Hola?», preguntó el músico, acercándose hacia mí a grandes zancadas, cargado con su pesada cámara. Era una figura robusta, ataviada con varias capas de lana marrón. «¿Hola?», respondí yo. Me encontraba junto a un gran estanque con patos, una mañana fría pero soleada de diciembre, exhalando nubecitas de condensación. La gente pasaba por el sendero con sus perros. Los patos pasaban nadando por el agua.

De pronto me entraron las dudas. Me asaltó la vergüenza. ¿Qué mosca me había picado?

El músico era un ornitólogo serio. Yo pertenecía a la mayoría, satirizada en *Portlandia*, que no sabía nada sobre pájaros y que básicamente los veía como objetos decorativos. Mi casa era un frívolo bazar de baratijas de temática naturalista, desde una hermosa lámpara con forma de pato hecha a mano hasta los típicos animales de peluche, pasando por nuestras tazas de búhos compradas en Anthropologie. Vivía en un estado de antropomorfismo imperdonable. Antropoarrepentida, he aquí cómo me sentía.

¿Qué sabía yo de pájaros vivos? ¿Qué sabía del mundo silvestre y qué sabía este de mí?

No había crecido en un valle, recogiendo bayas junto a un arroyo, ni abriéndome paso por bosques oscuros, cubiertos de rocío, ni estudiando las marismas. De niña había vivido muchas aventuras, pero su escenario no habían sido los bosques canadienses, sino casinos, aeropuertos internacionales y gigantescos centros comerciales.

Mis padres eran urbanitas devotos. Mi padre, natural de Londres, era un corresponsal extranjero destinado en Tokio cuando conoció a mi madre, una artista japonesa de *sumi-e* tímida y de pelo largo, que inicialmente se resistió a la altura inmensa de mi padre y a su figura esquelética. Su noviazgo empezó en una fiesta en la embajada canadiense, en medio de una densa neblina de humo de cigarrillo. Mi padre se enamoró del atractivo y la belleza de mi madre. Esta, por su parte, se enamoró de la sofisticación de hombre de mundo de mi padre y de la promesa de huida que él le ofrecía.

Se casaron y, al cabo de unos años, el trabajo llevó a mis padres hasta Londres, donde nací yo. Y entonces

otro trabajo los llevó hasta Canadá. Una pareja exótica y cosmopolita aterrizó de repente en un barrio tranquilo del norte de Toronto. Allí no había ni un Kensington High Street ni un Shinjuku, sino tan solo una gruesa capa de nieve. Solo animales desconocidos que correteaban de aquí para allá, desconocidas criaturas aladas. Mi padre se marchó a alguna parte por trabajo y mi madre se quedó sola en una casa fría. Un silencio silencioso, una ausencia total de sonidos excepto por los pájaros que había fuera de la casa, bandadas como corales, que iban o venían de alguna parte, pájaros que medraban en aquel territorio nuevo. Pero todas esas notas suspendidas en el aire gélido, todas esas canciones nómadas, no eran ningún consuelo para mi madre. Había pasado los miserables años de la guerra en la campiña japonesa y ahora no sentía apego alguno por la naturaleza. Lo que le gustaba eran los bulliciosos centros de las ciudades, el apelotonamiento de la civilización. Le gustaba pasear por la calle con minifalda y tacones, con un cigarrillo Rothmans entre los dedos, provocando una conmoción. Mi madre era guapa y se jactaba de, en varias ocasiones, haber hecho que gente como Mick Jagger, John Lennon o el rey Hussein de Jordania volvieran la cabeza a su paso. Toronto no la impresionó nada. En lugar de sentirse agradecida, mi madre miraba a través de su gélida ventana canadiense y solo veía problemas. ¿Qué coño iba a hacer con toda esa nieve? ¿Qué coño iba a hacer con la glorieta?

He aquí lo que hizo. Cuando llegó la primavera, levantó todo el patio trasero y construyó un jardín rocoso tradicional japonés, un paisaje delicadamente ordenado y cuidado que rastrillaba con regularidad monacal, apartando discos voladores, plumas de

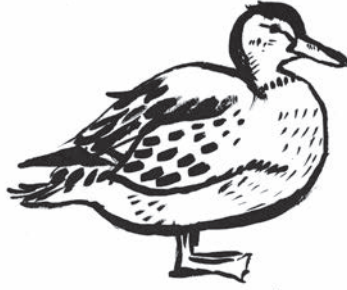
bádminton y pelotas de béisbol que superaban la verja de nuestro jardín, procedentes del parque que había detrás de nuestra casa. Si tenía que vivir en la naturaleza, sería una naturaleza hecha a su medida, con un musgo mullido, regado con aspersores, y árboles japoneses cuidadosamente podados. Hizo lo mismo con cada nueva mudanza y creó cuatro jardines rocosos en siete años. Rastrillando incansablemente su camino hacia la felicidad.

Mi madre se convirtió en coleccionista de arte y galerista. (Sus propios cuadros, hechos con tinta, que se remontaban a su vida anterior al matrimonio, se habían quedado en Japón, con lo que habían adquirido una pátina de leyenda.) Crecí en una casa abarrotada de objetos preciosos y trastos raros, muebles de época recién comprados y recuerdos de desconocidos. Nuestra pequeña familia nuclear se convirtió en un país propio, con sus propias costumbres singulares, insulares.



El músico me sacó de mi timidez hablándome de los patos del estanque. «*Allí* —dijo—, ¿ves esos patos que aterrizan en el agua y que parecen hidroaviones torpes? Son ánades reales. Y *por allí*, los que nadan en un apretado círculo en el centro del estanque, ¿los ves? Esos son patos cuchara.» Entonces señaló un pato solitario que parecía un pavo enorme flotando sobre el agua, una mezcla entre un pato de granja y un ánade real. Al parecer su pareja había muerto hacía poco. Había desaparecido un día y corrían rumores de que alguien había visto un cadáver.

¿Los patos pueden sentirse solos?, me pregunté, pero no lo sabía. No sabía nada sobre patos. Ni siquiera sabía



Ánade real (hembra)

que producían una grasa que les cubría las plumas, y es raro, porque seguramente había oído más de mil de veces la expresión «como agua sobre el dorso de un pato».²

El pato de granja-ánade real parecía estar pasándolo bien. Nadaba entre los grupitos de patos, charlaba con las chicas. Era un pato con carisma.

¿El músico tenía carisma?

Un poco.

¿Había crecido en contacto con la naturaleza?

No.

2. Expresión inglesa que se emplea para decir que algo no nos importa lo más mínimo, que nos resbala. (*N. del t.*)

El músico me contó que había crecido en una familia de ciudad. Solo guardaba un recuerdo de infancia relacionado con la naturaleza, de una vez en que, cuando tenía seis años, había capturado una oruga. La había metido dentro de un tarro de margarina vacío, le había puesto un puñado de hierba para comer y había cerrado la tapa. Nadie le dijo que tenía que hacer agujeros para que entrara el aire, de modo que se dispuso a observar y a esperar a la futura mariposa.

Me dijo: Al principio iba a caminar y a observar pájaros para poder salir de mi estudio y de mi cabeza. Antes me preocupaba ser apreciado como artista. Quería que me entendieran, que me admiraran. ¡Quería ser relevante! Pasaba la mayor parte del tiempo sumido en un estado de inseguridad lamentable. Ahora paso horas tratando de avistar unos animalitos distantes a los que les importa un huevo que los vea o no. Paso la mayor parte del tiempo amando algo que nunca responderá a mi amor. Menuda lección sobre la irrelevancia.

El momento de no conocernos quedó rápidamente en un segundo plano. Yo estaba acostumbrada a relacionarme con personas cuyos temperamentos artísticos suponían una especie de cojera. Lo que distinguía al músico era que él había introducido un cambio poco corriente en su vida al apartarse del mundo competitivo y del imperativo de experimentar las cosas trágicamente, pero por lo demás era un pato de lo más familiar para mí.

«Caminemos un poco», dijo.

Lo seguí por el sendero.

Mientras caminábamos, pensé en algo que acababa de leer en un libro de Amy Fusselman: «Te sorprendería lo difícil que resulta estar abierto a cosas buenas y nuevas, diferentes. Estar abierto a cosas malas y nuevas —a desastres, por ejemplo— es bastante fácil. [...] El verdadero reto son las cosas buenas y nuevas.»

Parte de estar abierto, me dije, pasaba por cultivar un tipo de atención superior. Quería alcanzar la atención generosa y benevolente que aquel artista con bufanda y músico amante de los pájaros exhibía ante el mundo.

Mi atención habitual (no maternal) tenía tres vertientes. Estaba la atención obstinada que dedicaba a mi arte, la atención forzada que dedicaba a mis artilugios y pantallas, y la atención duradera que dedicaba (a veces) a libros/obras de arte/películas difíciles. Pero esas tres formas de atención aparentemente tan diversas tenían un rasgo común: las tres se dirigían a alguna parte. Buscaban obtener una recompensa, adquirir un producto, establecer una conexión narrativa.

¿Era posible que la atención que dedicaba al arte, a crear historias susceptibles de ser contadas, estuviera interfiriendo en mi capacidad de ver las cosas con amplitud de miras, con ternura y sin esperar nada a cambio? ¿Qué pasaría si entregaba mi atención más generosa al mundo, al momento presente, sin expectativas ni ningún tipo de promesa de una retribución evidente? ¿Era capaz de desarrollar una atención más parecida al «amor divino»? ¿Un asombro ferviente y democrático? ¿Podía ser más papal?

El músico era ajeno a las preguntas que me pasaban por la cabeza, unas preguntas que, a medida que caminábamos, fueron adquiriendo un extraño matiz eclesiástico. Estaba demasiado ocupado inspeccionando los matorrales, entregando de forma desprendida y generosa toda su atención a los pájaros: inclinándose para oírlos, agachándose para verlos y guardando silencio cuando oía una melodía, buscando su origen.



Mis hijos estaban silbando cuando regresé a casa. El mayor le había enseñado al pequeño a seguir una melodía y los oí silbar en sus literas hasta que cayó la noche.

En la calle, unos días más tarde, vi a un chico que se movía de forma peculiar por la acera. Avanzaba unos pasos y luego retrocedía. Se inclinaba hacia un lado, daba unos pasos y volvía a retroceder. A veces, mi marido y yo fingimos que bailamos danza contemporánea y eso fue lo que me recordaron sus movimientos. Cruzé la calle para ver por qué aquel tipo estaba bailando en medio de la acera.

En el suelo había una paloma, rota e incapaz de volar, con la cola cortada y cubierta de sangre. Saqué una toalla de gimnasio de mi bolsa, envolvimos el pájaro y nos lo llevamos a un portal silencioso. Entonces nos agachamos e intentamos establecer contacto visual con él. No sé si el pájaro, con sus ojitos vidriosos, reparó en nuestra presencia o experimentó una indiferencia absoluta, pero le dimos cobijo a medida que se iba quedando sin fuerzas.

Había visto pájaros muertos antes, pero nunca había visto morir uno. Hablando racionalmente, yo sabía que aquella paloma no era un mensaje. No soy una persona dada a esperar señales, a escrutar el cielo en busca de augurios místicos, pero con el paso de los años ha arraigado en mi interior una fe innegable en la casualidad y los momentos de fortuna imprevista. De entrada, no estaría aquí si dos personas que pegaban más bien poco no se hubieran conocido en circunstancias inesperadas. No habría conocido a mi marido si una noche no hubiera atravesado casualmente una puerta inesperada. Por eso, después de aquella paloma, y después de otros varios encuentros inesperados y banales con pájaros diversos, empecé a pensar que alguien me estaba indicando cuál debía ser mi siguiente paso. Iba a aprender sobre los pájaros. Le mandé una nota al músico preguntándole si podía seguirlo durante un año.

El músico dijo que sí.



Marido: *¿Qué escribes?*

Yo: *Pues...*

Mi marido es demasiado fiel y letárgico para dudar de mí. Si me embarco en un viaje descabellado, sé que él será quien llene el aire de confeti mientras exclama: «¡Adiós! ¡Buen viaje!».

Porque eso es lo que hacemos: alentarnos mutuamente en nuestros infortunios.

Y eso hicimos también con mi padre cuando se fugó de su cama de hospital, ese mismo invierno. Nos llamó desde un taxi y nos contó su huida como si hubiera cavado un túnel usando una cucharita, cuando en realidad simplemente había arrastrado su andador hasta un ascensor, había bajado varios pisos hasta el vestíbulo y había parado un taxi delante de la entrada del hospital. Jadeando por la emoción y el enfisema, mi padre imaginó una cacería humana épica, tal vez a escala nacional. Durante un instante no fue un paciente, sino un fugitivo.

Si felicitamos a mi padre y celebramos su huida, no fue porque subestimáramos las consecuencias clínicas de aquel acto (su médico iba a llamarnos pronto para reprochárnoslo), sino porque sabíamos que había algo más importante en juego.

Hay momentos en los que lo que necesitamos, lo que más nos beneficia, es el poder de definir nuestra propia historia.

Y eso fue lo que celebramos, sentados en la pequeña cocina de mi padre y disfrutando de la comida de bienvenida que mi marido y yo le habíamos llevado. Aquel era un momento de descanso. No había nada que hacer, nada que poner en su sitio. Mi padre se sentía más vivo y duradero de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Por eso, cuando me preguntó en qué estaba trabajando, se lo conté.

«Estoy pensando en escribir un libro sobre pájaros y arte», dije (aunque todavía no había empezado: las palabras y la voluntad iban adquiriendo forma lentamente).

Acompañé mis palabras de una expresión límpida y optimista, lo que me supuso un esfuerzo porque mi padre, que durante la comida había estado ligeramente inclinado hacia delante, de pronto se reclinó y me dirigió una mirada vacua, como si acabara de decirle que planeaba escribir un libro sobre técnicas agrícolas con herramientas de madera.

Allí sentados, mantuvimos una conversación silenciosa.

¿Por qué?

¿Y por qué no?

¿No podrías escribir algo un poco más útil? ¿Un libro más ambicioso?

Mi padre, a quien le gustan las cosas distantes y serias, considera que escribo sobre cosas demasiado cercanas y peregrinas. A él lo atraen los acontecimientos de gran envergadura, las batallas épicas y la Historia con mayúscula, el choque de civilizaciones. Los pájaros son demasiado pequeños y corrientes para él.

Es posible que estemos predestinados a ser como el padre y la hija de *A conversation with my father*, de Grace Paley, que se malinterpretan mutuamente «a propósito». Por ejemplo, aquel día, sentados en su cocina, yo sabía que mi padre creía que había elegido el tema de los pájaros a propósito para contrariarlo, del mismo modo que yo creía que su rechazo de la naturaleza y el arte era un rechazo de mi persona. Ninguno de los dos tenía toda la culpa de esa dinámica. Cuando había decidido convertirme en escritora, había aceptado entrar en el negocio familiar y él había asumido el papel de mentor.

He aquí algunos de los libros «útiles» escritos por la parte británica de mi familia: *The hour of sorrow, or the*

Office for the burial of the dead: With prayers and hymns [La hora de la tristeza o El oficio funerario para los muertos: con plegarias e himnos], de George Maclear, *Sailing directions for Bering Sea and Alaska, including the North-East Coast of Siberia* [Indicaciones de navegación para el mar de Bering y Alaska, incluida la costa noreste de Siberia], de John Fiot Lee Pearse Maclear, *Catalogue of 4,810 stars for the epoch 1850* [Catálogo de 4.819 estrellas de la época de 1850], de Thomas Maclear, y *The Ten Thousand Day War: Vietnam 1945-1975* [La guerra de los diez mil días: Vietnam 1945-1975], de Michael Maclear.

Mi marido, que había asistido con la vista clavada en el techo a la primera conversación silenciosa entre mi padre y yo, dejando así patente sus ganas de escapar, nos dirigió una mirada mientras iniciábamos la segunda.

¿Te duele?

Sí.

¿Dónde?

Aquí, aquí y aquí.

De pronto mi padre estaba pálido. Le hice un gesto con la cabeza a mi marido: era hora de marcharnos. Mi padre necesitaba descansar. Mientras él intentaba levantarse, me sobrevino un momento de claridad: acababa de decirle a mi padre, un hombre al que no le quedaba tiempo que perder, que estaba escribiendo un libro sobre algo oscuro e indefinible. ¿No habría podido elegir un tema menos artesanal, aunque solo fuera por él?

No me preocupé demasiado. En todas las familias llega un momento en el que determinadas cuestiones ya no se resuelven, se sacan a colación sin demasiado entusiasmo o se ignoran directamente. Sabía que mi

padre optaría por olvidar lo que acababa de contarle y que unos días más tarde volvería a preguntarme: «¿Y en qué estás trabajando?». Y si la respuesta no lo satisfacía, me lo volvería a preguntar, una y otra vez.

Yo, por mi parte, me inventaría respuestas nuevas, no porque sea una hija admirable, sino porque no quiero que nadie decida por mí sobre qué es grande y qué es pequeño. No quiero dejar esa decisión en manos de modas ni padres.

Porque nunca es tan sencillo. Puedo fingir que no me importa y, aun así, seguiré anhelando el interés, la atención y la aprobación de mi padre.



¿Sobre qué vale la pena cantar? ¿Qué pasa si una canción es demasiado pequeña? Los libros aseguran que los pájaros cantan por motivos muy diversos: para llamarse unos a otros, para advertir a los demás de la presencia de un depredador, para orientarse, para atraer a una pareja... Pero lo que pensarán los libros no me interesaba demasiado. Lo que quería era saber qué pensaba el músico. «¿Por qué cantan los pájaros?» Así pues, al final de nuestra primera salida para ver pájaros, se lo pregunté. Quería que contestara que cantan porque tienen que hacerlo, porque no pueden evitarlo, porque es parte de su esencia, una necesidad irreprimible.

«No quiero ponerme extravagante —dijo—. La tendencia al antropomorfismo es un hábito peligroso que cuesta mucho evitar.»

Dudé un momento y reconocí para mis adentros que era posible e incluso probable que mi tendencia al antropomorfismo fuera inevitable. «Te prometo que no se lo diré a nadie.»

Muy despacio, el músico asintió. Y, finalmente,
dijo:

«Vale. Es posible que los pájaros canten solo por la alegría de cantar.»

No sé por qué, pero esa respuesta me hizo muy
feliz.